

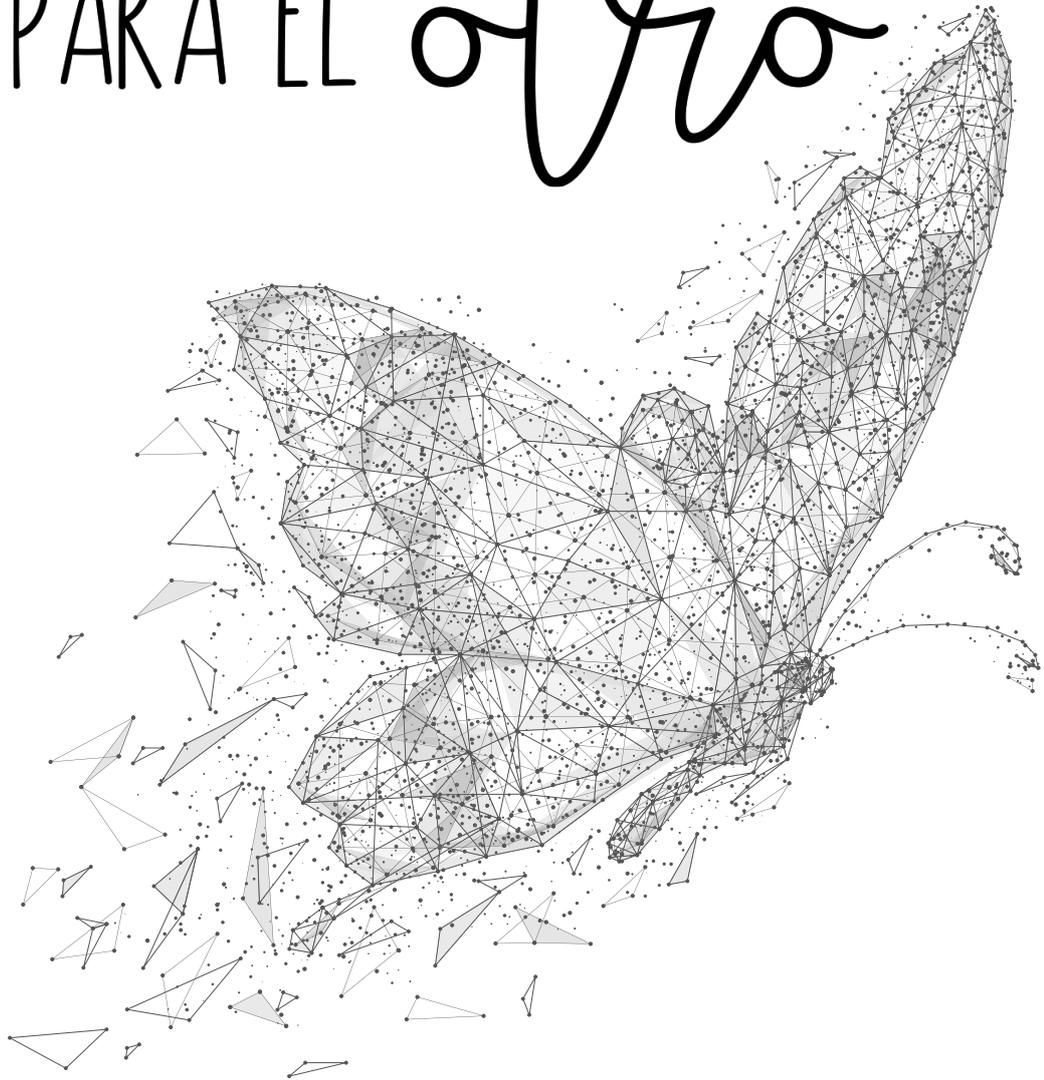




HECHOS EL *uno* PARA EL *otro*



HECHOS EL *uno*  
PARA EL *otro*



DAVINIA PALACIOS

© 2019, Davinia Palacios

*Corrección:* Begoña Martínez

*Diseño de cubierta, diseño interior y maquetación:*  
Nerea Pérez Expósito de [www.imagina-designs.com](http://www.imagina-designs.com)

ISBN: 978-84-09-13831-9

Depósito legal: GI1328-2019

Toda esta historia sale de la imaginación de la autora, siendo casualidad cualquier parecido con la realidad.

Los personajes, así como sus nombres y poblaciones han sido inventados.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*A la flor más bonita del jardín.  
La estrella más brillante del firmamento.  
Mi abuela Inés.*



# Índice

Prólogo.....	13
Madison.....	19
Conversación matutina .....	33
Ezequiel.....	47
La primera cena.....	59
¿Por qué no apareces ahora? .....	69
Quédate conmigo.....	89
Una decisión equivocada .....	107
Escuchas .....	127
Cambios.....	137
Amigos.....	147
Besos que lo cambian todo.....	165
Los chicos .....	181
Acostumbrándome .....	195
Nuestra primera vez.....	207
Sospechas .....	217
Presentación oficial .....	231
La verdad.....	241
¿Qué me haces? .....	257
Ella ya lo sabe .....	267

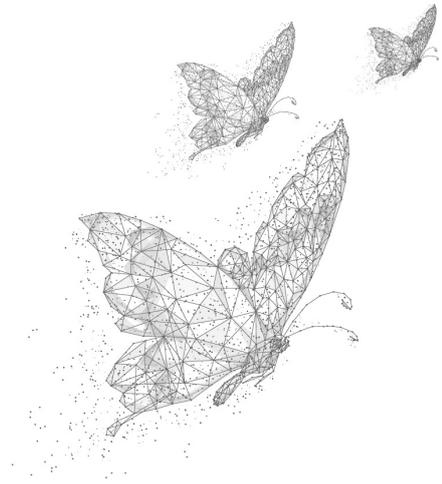
En deuda.....	281
Whisky .....	299
La técnica.....	321
Recuperación .....	341
La recogida.....	363
¿Quién era ella? .....	377
Ayudando .....	387
Celebrando la vida.....	401
Sintiéndome útil .....	413
La llegada .....	423
Te quiero a ti .....	433
Margaritas .....	445
Su despedida.....	459
Somos una familia.....	471
Epílogo.....	481
Nota de la autora.....	491
Agradecimientos .....	493
Playlist.....	495



La mariposa es signo de evolución y renacimiento: empieza siendo un huevo, después una oruga y, gracias a su metamorfosis y tras un periodo de inactividad cercana a la muerte, renace como un precioso insecto alado.

En la antigüedad solía representar el alma que no desaparece con la muerte del cuerpo, creyendo que cuando una persona exhalaba su último aliento, este era despedido en forma de mariposas.





# Prólogo

Aquella mañana, nada podía salir mal. Iba decidida a aceptar el trabajo de asistente social para el que tanto me había preparado. Sabía que mi misión en este mundo era ayudar a todos los que me necesitaran, en concreto a las mujeres más desfavorecidas, a las maltratadas, las abandonadas, las olvidadas de la sociedad. Las que menos ayuda solían recibir en una ciudad como la mía.

Mi madre había muerto hacía un mes escaso, tras luchar como una jabata contra una enfermedad que no tiene compasión por nada ni nadie.

Cuando salí de casa, nada podía presagiar cuánto iba a cambiar mi vida en tan solo unos minutos.

Era demasiado temprano cuando iba de camino al metro. Vivir en el peor barrio de la ciudad significaba, entre muchas otras cosas, que debías desplazarte mucho hasta llegar al centro. Los peores barrios estaban en la periferia. Yo solo podía pensar que, por fin, después de los años que había estado compaginando estudios y trabajos, consiguiendo becas para acabar mi carrera

universitaria, ahora, podría trabajar para lo que me había preparado durante tanto tiempo. Porque el último día de carrera fue cuando empezó nuestra pesadilla. Mi madre estaba enferma y necesitábamos dinero, mucho dinero, para poder costear todos los gastos que supondrían las pruebas, los medicamentos y alguien que la cuidara mientras yo trabajaba de sol a sol, haciendo todo lo que tuviera que hacer para conseguir el dinero que nos hacía tanta falta.

Justo cuando doblaba la oscura y fría esquina, antes de llegar a la parada del metro, escuché cómo se apagaba el ruido del motor.

De lo siguiente que fui consciente fue de cómo tiraba de mi pelo recogido en una cola de caballo y me hacía retorcerme de dolor, obligándome a caer de rodillas al húmedo y sucio pavimento.

Noté la hoja, fría, dura, mortal, del cuchillo apretar sobre la piel de mi cuello. Y, después, su asquerosa voz.

—Vamos a divertirnos un rato, Madi.

Era el mayor hijo de puta que había sobre la faz de la Tierra. John había sido la pareja de mi madre durante diez años, desde que yo tenía catorce hasta que cumplí los veinticuatro. Cuando ella se puso enferma, la dejó.

Siempre me había mirado de manera sucia y asquerosa, pero jamás pensé que sería capaz de hacer algo tan canalla y doloroso. Me arrastró hacia la parte más oscura de la calle y allí me metió a la fuerza dentro de su coche, donde había alguien más.

Alguien queapestaba a inmundicia y que, enseguida, me agarró de las muñecas mientras John me daba un puñetazo para, acto seguido, desnudarme de cintura para abajo.

—Esto hará que te estés quietecita.

Me resistí, luché, hice todo lo que pude por evitar que aquello pasara.

Pero pasó. De manera muy dolorosa. Cerré los ojos y pensé en mi madre; su sonrisa cuando le dije que había conseguido acabar

la carrera; cuando le enseñé el título universitario; cuando sonreía feliz sabiendo que a su hija no iban a degradarla ni a mirarla mal por ser mestiza, por ser del peor barrio de la ciudad; «tú mereces mucho más», me decía siempre. Me relajé todo lo que pude mientras rezaba porque acabara lo antes posible.

Cuando acabaron, me dejaron tirada en el suelo rota en todos los sentidos.

Salió derrapando de allí justo cuando aparecía un coche patrulla con las sirenas encendidas.

No me vieron, así que, poco a poco, como pude, me levanté y recogí mis pedacitos rotos para volver a casa. No podía ir a mi primer día de trabajo de aquella manera. Tenía que volver a casa, ducharme, arreglarme de nuevo y ponerme ropa limpia, después ya tendría tiempo de ir al hospital para que me hicieran una revisión.

Una chica como yo no podía perder la oportunidad que le habían dado, porque esas oportunidades solo pasaban una vez en la vida, y aquella era la mía.

Llegué a casa, abrí la puerta y me fui directa hacia la ducha. Accioné el grifo sabiendo que no saldría agua caliente. Después del funeral no había podido pagar algunas facturas, entre ellas la del gas, así que me fui desnudando poco a poco dejando que el agua me helara la sangre y el corazón.

Tardé un mes en atreverme a salir a la calle de nuevo. Estuve tirada en la cama sin moverme, me obligaba a mí misma a beber agua, pero de buena gana me habría dejado morir. No contesté llamadas, ni abrí la puerta durante todo ese tiempo.

Después de todo lo que había aguantado con mi madre a causa de su enfermedad, de todos los nervios durante el proceso de selección, de que ese malnacido acabara de destrozarme, mi sistema nervioso no aguantó más y me desplomé.

Me movía, respiraba, trabajaba y hacía todo como un proceso mecánico del cual yo no formaba parte. Tuve una depresión que duró hasta que nació mi hija.

Cuando vi sus ojos negros espabilé de golpe. Ella no se merecía vivir de la misma manera en la que había estado viviendo yo mientras la llevaba en mi vientre. Cuando me enteré de que estaba embarazada no pude abortar, fue como si ella desde mi interior me dijera que estaba ahí por un motivo. Si no llega a ser por mi Agnes, ahora mismo no sé dónde estaría.

Vendí la casa de mi madre y me mudé a otra ciudad. Como la casa no era una mansión en Beverly Hills no dio para mucho pero, por lo menos, en esas cuatro paredes pude empezar a rehacer mi vida. Un barrio normalito en otra ciudad podrida. Lo único que me podía permitir.

El comienzo fue duro y difícil, pero todo tiene solución menos la muerte.

Un día, cuando estaba mirando el diario mientras le daba el pecho a Agnes, vi que buscaban modelos de sujetador. Me dije «por qué no», así que me presenté; pagaban doscientos dólares la sesión y necesitaba pañales para mi hija y pagar las facturas para tener calefacción y agua caliente para mi bebé de cuatro meses. También algo de comida para mí, si la alimentaba de pecho yo necesitaba comer algo para que ella tuviera su alimento, aunque si por mí hubiera sido, no me habría gastado ni un centavo en mi persona.

Allí fue donde conocí a Marc, el fotógrafo. Al principio fue muy amable, demasiado amable. Pero me la jugó.

Al cabo de un mes, me entregó un sobre con mil dólares. Había vendido fotos mías, desnuda de cintura para arriba, las había hecho cuando me cambiaba entre toma y toma. Me decía que podía ganar cinco veces más si lo hacía desnuda. Decía que era algo artístico, que, para tener treinta años y ser madre, tenía un cuerpazo, así que por qué no aprovecharlo, más aún cuando era tan obvio que me hacía falta el dinero.

Así que lo hice. Cinco veces. Me aseguró que las fotos se venderían a revistas de otros países, por lo que nadie en Estados Unidos las vería jamás. En ese momento, no pensé que la frontera con México estaba a tan solo doscientos kilómetros.

Con el dinero pude reformar mi pequeña casita, ver crecer a mi hija sin estar rodeada de cucarachas, ratas y demás fauna salvaje, llevarla al pediatra todas las veces que fue necesario y, lo más importante, tuve la suerte de poder disfrutar de cada uno de sus días cuidándola y mimándola. Siendo su todo y ella, el mío.

El barrio estaba ocupado, en su mayoría, por inmigrantes, gente trabajadora, buscavidas. Cuando uno tiene que darle de comer a sus hijos, hace lo que sea. Aunque también había bandas callejeras.

En una ciudad en la que la policía es más corrupta que los propios delincuentes, en la que los políticos solo buscan llenar sus bolsillos mientras el prójimo no tiene ni para comer, ¿quién es el delincuente? ¿El que roba para comer o el que tiene que protegerte y abusa de su poder para dañarte y robarte?

La vida son instantes y, en uno solo, pasé de ser una licenciada con un trabajo prometedor, a ser una mujer sola, violada y madre soltera.

Mi vida no ha sido fácil —ni antes ni después de la violación— pero no voy a ir de víctima por eso, por desgracia hay millones de mujeres que, a diario padecen, ese tipo de ataques.

Unas tenemos la suerte de seguir vivas, otras ni tan siquiera eso.

Él tuvo el poder de la fuerza, de hacerme daño, pero el poder para arruinarme la vida no se lo cedí. Solo yo soy la responsable de lo que haga con mi vida, de dejarme vencer por el miedo y hundirme; o tirar para adelante con todas las fuerzas

y sobreponerme a aquella oscura y lúgubre mañana. Por mí y por mi hija.

Si no la tuviera a ella seguramente ya estaría muerta en algún callejón.



# Madison

Ya lo tengo todo preparado para celebrar el tercer cumpleaños de mi niña. Olvido se ha hecho cargo de mi turno y me ha ayudado a preparar todo, desde la tarta hasta el regalo.

Le ha regalado un vestidito de ballet. Estoy deseando ver cómo le queda la falda de tul rosa a mi pequeña mariposa.

—¡Mami! ¡Mami! ¡Mami! —grita desde el patio trasero.

La veo desde la ventana del comedor entretanto acabo de colocar los globos de colores atados a las sillas.

Pienso en todo lo que hace falta; tengo que acordarme de comprar botellas de agua, casi no quedan, y el agua corriente de aquí es mejor no beberla.

Agnes es alérgica al gluten y, hasta que dimos con ese diagnóstico, lo pasamos mal. El dinero que gané con las fotos se esfumó hace un año en médicos, pruebas y desplazamientos al mejor hospital materno infantil de la zona.

—*Quero* bañarme, mami —pide señalando el surtidor de la manguera con la que riego los pequeños rosales que planté hace unos meses.

—Mi mariposita quiere refrescarse, ¿verdad?

Bajo los tres escalones hasta el césped descuidado y parcheado, y le acaricio su pequeña cabecita de pelo negro. Es mi *mini yo*.

Este verano está siendo el peor y eso que todavía estamos a junio. La ola de calor que sube desde el sur azotando todos los estados de la zona está agrandando el desierto y secando todos los campos.

Acciono el grifo y la manguera cobra vida, se llena de agua que sale dirigida en pequeños chorros por el surtidor.

Agnes se acerca, con su pequeña y redonda barriguita pintada con ceras de colores, y empieza a mojarse mientras gira sobre sus pequeños pies descalzos. Ese ha sido mi regalo adelantado, quería que le pintara una mariposa en su pequeña tripita y el otro día compré las ceras en la papelería que hay cerca de mi trabajo.

El otro regalo es una pequeña piscina hinchable en la que cabremos las dos. A mí me llegará el agua por las rodillas pero ella podrá jugar sin ningún peligro, siempre y cuando esté yo con ella vigilando que no resbale.

La hija de una vecina hace de canguro de vez en cuando, solo en las ocasiones en las que no puedo dejar a Agnes en la guardería y me toca turno de noche. Ella se encarga de recogerla de la guardería, bañarla y darle de cenar. Pero ahora que ya han acabado las clases la necesito más horas. Tiene dieciséis años y eso hace que no me quede del todo tranquila cuando tengo que dejarla con ella. Aunque, si lo pienso bien, solo me quedo tranquila cuando está conmigo.

Agnes gira y gira sin parar, ya ha trastabillado un par de veces y sé que se va a marear.

—Mi amor, deja de dar tantas vueltas... —Y justo cuando se lo digo, resbala y cae de lado sobre el césped empapado.

Me mira y empieza a llorar. Sabe que su mami sale corriendo al escucharla.

La cojo con cuidado, no se ha hecho nada, ni un simple arañazo, pero no le gusta caerse solo porque no es algo que ella haya escogido. Para tener tan solo tres años, es muy perseverante en lo que quiere y sabe decir que no a la perfección.

Le acaricio la cara quitándole una pequeña brizna de hierba verde que se le ha quedado pegada al cachete. El flequillo negro y liso casi le llega a los ojos, pero es tan difícil cortarle el pelo — no para quieta — que siempre procuro hacerlo cuando se queda dormida. Lo malo es que justo después tengo que cambiar las sábanas.

—Ya está. No ha sido nada. Mi niña es fuerte y valiente, ¿a que sí?

—Aro, mami. —Atrapa mi mano entre las tuyas para que no deje de acariciarla.

—Pues venga, dame la mano que tenemos que ir a bañarte. Dentro de poco rato van a venir amiguitos, y no querrás que te vean la barrigota así de manchada.

Empiezo a hacerle cosquillas y pedorretas, levantándola en brazos y acercando mi cara a su pequeño cuerpecito.

Agradezco cada día la suerte que tengo de tenerla en mi vida, aquí conmigo.

Que empezara a crecer dentro de mi ser de una forma horrible no me ha impedido quererla y amarla más que a nada en este mundo. Ella lo es todo para mí. No concibo mi vida sin mi hija. Me salvó del lamentable estado en el que me encontraba y daría mi vida por ella sin pensarlo.

Aquella mañana, quedó desterrada al olvido en mi mente. Sé que entró en la cárcel poco después de cometer su crimen conmigo, aunque, en su condena, no había cargos por violación.

Después de ducharla y dejarla en el salón con Debby, su canguro, me ducho yo. Necesito un momento de relax, estos días han sido un caos para poder organizar toda esta pequeña fiesta. Nuestra situación económica no da para grandes celebraciones

pero mi niña está sana y crece feliz, quiero celebrarlo con los pocos amigos que tenemos. Ella se lo merece todo.

Dentro del agua procuro no pensar en el capullo de mi jefe, en todas las horas extras que he hecho durante semanas y que todavía no me ha pagado; en todos los favores que he tenido que pedir para poder tener fiesta esta tarde de sábado.

Después de enjabonarme, cojo la maquinilla y empiezo a depilarme las piernas, las axilas y las ingles. Y justo cuando estoy tocando por esa zona, ese pequeño y conocido cosquilleo, hace su aparición. Hace semanas que no disfruto de diez minutos para mí misma y no creo que vaya a tenerlos en lo que queda de día.

Llevar más de un año sin relaciones hace que una tenga que cubrir sus propias necesidades.

Al cabo de unos minutos salgo del cuarto de baño de mi habitación, envuelta en una toalla, lista para vestirme. Los pocos invitados que tenemos estarán a punto de llegar.

Cuando salgo, vestida con un sencillo vestido corto de gasa, llaman a la puerta.

—Ya abro yo —aviso a Debby.

—Mami, ¿quién es?

—Ahora mismo lo veremos, mariposita.

Son Alyssa y sus niños, Sam y Joaquín, de cuatro y seis años respectivamente.

—¡Felicidades! —gritan ambos.

—¡Shhh! A ella no, se lo tenéis que decir a Agnes.

Alyssa vive en otro barrio junto con sus dos niños. Su marido es camionero y pasa la mayor parte del tiempo montado en un tráiler de veinte metros recorriendo todo el país. Gana lo suficiente como para que su mujer pueda quedarse en casa cuidando de sus hijos, que ya es trabajo suficiente.

Ella suele ofrecerse a cuidar a Agnes, pero sé que le resulta complicado ya que Sam es hiperactivo y le consume toda la energía él solito.

Vamos hacia el pequeño salón, los niños van trotando y peleándose por saber cuál de los dos será el que le dé el regalo a Agnes.

—Tranquilos, si dentro de la bolsa hay dos paquetes, para que cada uno le entreguéis uno.

Los niños siguen peleándose mientras Agnes espera impaciente a que saquen sus regalos de la bolsa.

—¿Soy yo o cada día están más grandes? —Observo a sus dos monstruitos al lado de mi niña, parece que en pocos días han dado un estirón.

Debby los conduce hacia el patio trasero, allí se está mejor porque ya no toca el sol directamente.

—¿Cómo se porta la canguro? ¿Ha vuelto a traer algún noviete mientras está trabajando? —pregunta Alyssa, coge uno de los dulces que hay en un bote de cristal y se lo lleva a la boca.

—No. Solo fue aquella vez. Creo que le dejé bastante claro que si volvía a pillarla con alguien en casa cuando estaba al cuidado de mi hija se lo diría a su madre y ella se encargaría de castigarla. La teme tanto que no se acercará ningún chico a dos manzanas de mi casa.

—¡Ay! A esa edad yo estaba calentorra como el tubo de escape de una moto. —Mueve una mano abanicándose exageradamente—. ¿Tú no?

¿Cómo era yo a los dieciséis años? Estaba a punto de desvirgarme con Paul, el chico de la heladería. Ese verano no pagué ni un solo cucurucho. Fuimos novios durante tres largos y calurosos meses.

—Supongo que igual que ella, aunque ya no lo recuerdo.

Alyssa es la única que conoce mi historia, la única que sabe lo que pasó aquella mañana hace ya casi cuatro años. Pero nunca, jamás, hablamos de ello. Se ha convertido en mi mejor amiga, casi como la hermana que nunca tuve.

Cogemos las limonadas y salimos al patio donde está Debby con los niños, cuando me pregunta sobre los nuevos vecinos.

—¿Sabes quién se ha mudado la casa? —Mueve la cabeza hacia la derecha señalando la casa con la cual comparto patio, separado tan solo por una pequeña valla de madera de cincuenta centímetros de alto.

—Ni idea. El otro día, de madrugada, escuché algo de jaleo, movimientos de cajas y risas, pero no me levanté de la cama para saber quién era.

Es lo que tiene dormir con las ventanas abiertas para intentar disminuir algo el calor insoportable que hace por las noches dentro de casa, que escuchas todos los ruidos.

Agnes ya ha abierto sus regalos. Un peluche con forma de unicornio, que ya lleva colgando debajo de su brazo, y un cochecito de juguete donde poner a sus muñecas.

—¿Al final, no has podido resistirte al cochecito, eh?

Cuando me preguntó qué podía regalarle le dije que algo barato, aquí nadie tiene una economía boyante, por no hablar de que ahora me tocará cargar con el carrito a cualquier parte que vayamos.

—Va, deja de quejarte. Yo no tengo niñas y a mis hijos no les gusta jugar con carritos, me moría de ganas por comprárselo.

Nos sentamos en las sillas de plástico y vemos jugar a los niños en el pequeño castillo hinchable que he montado.

—¿Qué te dijo el cardiólogo?

—Que no tengo que preocuparme, el orificio interventricular quedó cerrado por completo en la operación. Iremos a verlo cada dos años para llevar un control, pero está todo bien.

En la revisión del año, cuando el pediatra auscultaba a Agnes, escuchó algo que no le gustó. A partir de ahí no paramos hasta que, a los dieciséis meses, operaron del corazón a mi niña. Desde entonces, hemos estado yendo a la consulta del cardiólogo cada seis meses.

—Me alegra oírlo. Mírala, si está llena de vida, esta niña es un milagro, no puede pasarle nada malo.

—Lo cierto es que me quedo mucho más tranquila. Hace ya año y medio que se operó y todo sigue bien. ¿Sabes esa sensación de miedo constante porque algo pueda pasarle? Todavía sigo controlando si respira cuando duerme.

Bebe un trago de su bebida y se gira para echarme la bronca.

—¡Oh, vamos! Madi, cariño, no puedes estar toda la vida esperando a que algo malo pase. Tú mejor que nadie debería saber que si está escrito en algún sitio que algo nos pase, pasará. Pero en el destino de esta niña no hay nada malo.

Mientras los niños juegan y Debby chatea por su móvil, seguramente con su novio porque esta noche su madre trabaja y no estará controlándola, Alyssa y yo seguimos contándonos nuestras penas y alegrías.

Ya se han comido los bocadillos y hace rato que piden la tarta y la piñata para hincharse a chuches.

—Enseguida la sacaremos, esperad un poquito más.

Quiero sacar la tarta cuando ya haya anochecido, así la vela con forma de estrella y las bengalas lucirán más que si las saco cuando todavía es de día.

—¿Qué órgano vital le has tenido que prometer al desgraciado de tu jefe para que te deje hacer fiesta esta tarde? —pregunta en su tono sarcástico de siempre.

—Un pulmón. —Reímos—. En serio, con lo que fuma, seguro que me lo pediría si supiera que no va a ir a la cárcel después. En realidad, Olvido está haciendo doble turno y mañana yo se lo devolveré. Los domingos es cuando menos follón hay pero, aun así, prefiero hacerlo mañana que un lunes.

—¿Agnes se quedará con Debby? —Esta levanta la cabeza al escuchar su nombre.

—¿Mañana por la mañana? —pregunta a media voz. Ya me temo que no va a poder.

—Sí, tengo que trabajar, ¿podrías quedarte aquí con ella?

—Bueno... —titubea—, lo cierto es que estaba quedando con JD para ir al lago.

Los niños siguen saltando en el castillo hinchable, así que me decido a tener esa pequeña charla con Debby, esa charla que sé que su madre no mantendrá jamás con ella. Es la pequeña de diez hermanos, todos chicos, y ninguno va a tomarse la molestia de advertirle sobre los efectos de las relaciones sexuales no seguras.

—Ven aquí, Debby —la llama Alyssa—. Siéntate a nuestro lado.

La pobre cría, con cuerpo de mujer, viene hacia nosotras con cara de hastío. Doy unas palmadas en la silla para que se siente frente a nosotras.

—Estoy segura de que..., JD, ¿verdad? —asiente con la cabeza— de que JD es muy buen chico y te respeta.

Su cara empieza a ponerse roja de momento. Se coloca, nerviosa, un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Sabes cómo se pone un preservativo? —espeta Alyssa de repente.

—¡Nena! No seas tan bestia —va a asustar a la pobre cría—. A ver, Debby, supongo que sabes que los niños no los trae la cigüeña, ¿verdad? Si tu madre no se niega, me parece genial que salgas con JD, pero ya tienes una edad, y estás hecha una mujer...

—Si tiene más tetas que yo —recalca Alyssa.

La verdad es que la niña tiene un cuerpazo, cosa que no es nada mala. Pero cuando uno tiene esa edad en la que no piensa en nada más que en sexo a cada hora, es mejor que pase vergüenza cinco minutos a que cargue con las consecuencias durante toda la vida.

—Lo que queremos explicarte es que sí, que si solo te mete la puntita, puede pasarte enfermedades de transmisión sexual. Que sí, que si se corre una sola vez, aunque sea tu primera vez, sí puedes quedarte embarazada. Y también sí, el líquido presemi-

nal contiene esperma, y puede subir por tu útero hasta llegar a fecundar a uno de tus óvulos.

Los ojos se le van a salir de las órbitas.

—Y no —comenta ahora Alyssa—, por otros sitios no te quedas embarazada, solo si es vaginal.

—¡Alyssa!

—¿¿Qué?? Cuando hice mi primera mamada pensaba que si se corría dentro podría quedarme embarazada.

—Me voy a buscar a los niños —dice Debby mientras se aleja de nosotras asustada a la par que avergonzada.

—Bueno, creo que hemos conseguido nuestro propósito, no dejará que JD acerque su serpiente a su manzana.

Empezamos a reírnos tanto, que hasta Agnes viene a ver si me pasa algo.

—¡Mami! ¡Mami! *Quero* tarta. ¿Podemos comerla ya?

La levanto del suelo asiéndola por debajo de sus axilas y la abrazo.

—Claro que sí, mi amor. Id a lavaros las manos que ahora mismo la sacamos.

Me encanta olerle el cuello, ese olor a ternura, a bebé, a amor; es mi droga.

—¿Qué harás dentro de trece años cuando sea ella la que tenga dieciséis?

La veo correr hacia dentro de casa, junto con Sam y Joaquín, y pienso en todas las posibles formas de torturar a cualquiera que quiera aprovecharse de mi niña o hacerle daño.

—Compraré una pala y cal.

Hace ver que se asusta por mi comentario. Aunque aquí ya sabemos cómo funciona esto. Eres de los fuertes o de los débiles.

—Yo te ayudaré.

Justo cuando nos abrazamos para ir hacia la cocina a preparar la tarta, un estruendo de motores llega desde la parte delantera.

Entramos y, una vez en la cocina, puedo ver desde la ventana unas diez motos tipo Harley Davidson aparcando sobre la acera y el césped delantero de la casa vecina.

Peligro.

Es la primera palabra que acude a mi mente cuando veo a todos esos moteros, vestidos de negro, con chalecos de cuero y llenos de tatuajes.

—Dime que ninguno de esos ha comprado la casa de aquí al lado—le pido a Alyssa.

—Ninguno de esos ha comprado la casa de aquí al lado.

Las dos estamos mirando de forma descarada desde la ventana de la cocina, la que hay sobre el fregadero, que es la que mejor vista tiene al exterior.

Vemos cómo aparcan, dejando las motos inclinadas hacia la izquierda. Hay un par de mujeres que acompañan a algunos moteros, espero que alguna de ellas sea la propietaria; si hay una mujer en la casa seguro que son algo más civilizados que si solo son compañía que viene a calentarlos a ellos.

—¿Mami, *quién* es? —pregunta Agnes tirando de mi falda.

—No lo sé, cariño. Supongo que los nuevos vecinos.

Uno de ellos se acerca a la puerta, llave en mano. Como la calle ya está en penumbra no puedo ver bien cómo es. Pero, a simple vista, es como todos los demás.

—¿De qué banda serán? —pregunta Alyssa estirando el cuello para verlo mejor.

Él se queda mirando hacia mi casa, supongo que ha podido vernos al tener la luz de dentro encendida.

—Me da igual. Si él no da problemas, yo no se los daré a él. Es lo único que necesito saber.

Hace muchos años que esta casa estaba desocupada. Cuando yo llegué, hace tres años, ya llevaba tiempo cerrada. Las ventanas tapiadas con madera, las malas hierbas altas y frondosas. Un

vecino que tiene cabras se ha encargado de traerlas de vez en cuando para cortar toda la maleza.

Como en esta ciudad impera la ley del silencio nadie me ha dicho nunca a quién pertenecía la casa y jamás se me ocurriría preguntarlo.

Volvemos hacia el salón, Debby ya ha encendido las bombillas de colores que hay sobre la mesa del jardín, donde Agnes y los dos niños esperan su tarta y la piñata.

—Si son de alguna banda grande no tendrás a maleantes por aquí, ellos se encargarán de asustarlos.

—Preferiría que todo siguiera como hasta ahora.

—Más vale malo conocido que bueno por conocer, ¿eh?

—Supongo que sí. A todos los demás ya sé cómo tratarlos, a estos no.

Colocamos la vela y las bengalas en la tarta sin gluten y con fondant que le ha preparado Olvi; espero para encenderlas hasta que veo que Alyssa ya ha llegado a la mesa del jardín con los platos de papel y los tenedores.

Mi pequeña mariposa salta al ver la decoración de los platos, pequeños unicornios de color rosa. Es su *animal* favorito. Ahora sí, cojo el mechero y enciendo la vela y las bengalas que empiezan a chisporrotear desprendiendo destellos de colores. Mi niña me observa bajar los escalones mientras me acerco a ella sin perderla de vista.

El patio no es muy ancho pero sí alargado, y la mesa está casi al final de todo, al cubierto de un árbol del cual Alyssa ya ha colgado la piñata en una de las ramas.

Sus ojitos brillan más que las bengalas, da palmaditas y salta sobre la silla deseando que llegue con la tarta.

Cuando no he andado más de diez pasos, por el rabillo del ojo izquierdo me parece ver un borrón negro que salta la valla de separación entre las casas. Es un perro. Un enorme perro de raza rottweiler está trotando hacia mí.

De repente Alyssa y Debby empiezan a chillar, cogen a los niños y los suben a la mesa.

Del miedo me quedo paralizada, no corro, me detengo en seco pero la tarta se me ha caído de las manos y está destrozada a mis pies. Una leve brisa agita la falda de mi vestido, consigue que esta vuele alrededor de mis muslos, pero no me atrevo a moverme lo más mínimo con esa bestia aquí.

Cuando creo que el enorme perro va a saltarme encima con su descomunal y peligrosa boca abierta, la voz ronca y potente de un hombre lo detiene en seco.

—¡Thor! —grita.

Y, de repente, el animal se detiene y se sienta sobre sus cuartos traseros, a tan solo medio metro de mí. Su lengua cuelga desde un lateral, jadea pero no se mueve.

Muy despacio, giro la cabeza lo justo para ver venir a un hombre desde la casa vecina. Otros se han quedado detrás de él, en el jardín de su casa.

Él camina de esa manera que lo hacen algunos hombres, se acerca tranquilo, con pisadas fuertes, los hombros erguidos y los brazos algo separados de su tórax por los músculos que intuyo que tiene.

Mira al perro con cara de pocos amigos y después me mira a mí, que sigo paralizada y muerta de miedo por lo que ese animal puede hacer con esas mandíbulas.

Su mirada se entretiene por mi cuerpo, recorriéndome entera, desde la cabeza, pasando por mi pecho que sube y baja con dificultad, hasta llegar a mis pies descalzos, entonces es cuando ve la tarta tirada en el suelo y se gira para observar la escena que forman las dos mujeres y los niños sobre la mesa iluminada con las bombillas de colores.

—Lo siento. —Su voz es dura, ronca, peligrosa, al igual que él—. Al ver las bengalas ha querido jugar, no es más que un cachorro.

Sus ojos rasgados, que parecen de color caramelo, no pestañean ni dejan de mirarme mientras me habla pausadamente, como si no quisiera asustarme más.

—Dime cuánto te ha costado la tarta y podré...

—No. No quiero tu dinero. Quiero que salgas de mi casa con tu perro y que lo ates para que esto no vuelva a suceder.

Mantengo la respiración a raya, no dejo ver el miedo que se ha instalado en mi cuerpo desde que he visto a ese enorme perro en el mismo recinto que mi hija.

—Siento si he estropeado la celebración, quiero compensarte... — Parece que dice la verdad. Solo lo parece.

—He dicho que no.

Inclina la cabeza levemente, da la vuelta y se aleja hacia la parte de su casa, el perro camina detrás de él tan tranquilo.

Se escuchan risas y voces de sus amigotes.

—¿Te han dado calabazas? — comenta uno de ellos cuando el dueño del perro cruza la valla sin mucho esfuerzo.

Alyssa viene corriendo hacia mí, me tiende una mano que cojo para poder mover los pies que, de repente, parecen haber echado raíces.

—¿Estás bien? Menos mal que no te ha saltado encima, ¿has visto los colmillos que tenía?

Muevo la cabeza, asiento lentamente, cuando llega Agnes corriendo junto con Joaquín y Sam.

—¿Podemos abrir ya la piñata? Ahora que ya no vamos a comer tarta — razona el pequeño Joaquín.

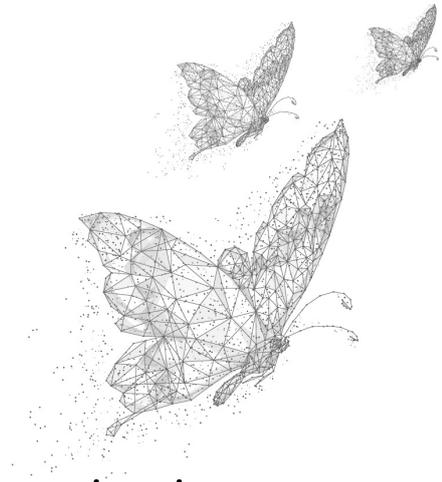
Me recompongo del susto y con una sonrisa le confirmo su petición.

—¿Mami, podemos tener un perrito como ese? — Justo en eso estaba pensando yo ahora, en tener una bestia como esa.

Me inclino hasta quedar frente a ella, a su altura.

—No, mi amor. No se llevaría bien con tu unicornio.





## Conversación matutina

Hace rato que Alyssa, los niños y Debby se marcharon.

Al final, Debby se podrá quedar mañana todo el día con Agnes. Pero me costará unos dólares más.

Termino de recoger todo lo de la fiesta. Salgo al patio trasero y se escucha el jaleo que tienen montado los nuevos vecinos. Espero que esta no vaya a ser la tónica habitual de cada noche. Una cosa es hacer una barbacoa, como la que puedo ver que están haciendo, y otra muy distinta es estar con la música a todo volumen hasta las tantas de la madrugada.

Risotadas y bromas resuenan por todo el recinto. Desde que se fueron los vecinos de tres casas más arriba el primer año que llegamos aquí, no había habido nadie tan escandaloso como estos de ahora.

Alguien grita que no quiere encontrarse condones usados por el suelo, supongo que será el dueño del perro, quizás también lo sea de la casa.

No estamos muy separados, apenas hay un metro de distancia entre la pared de su casa y la mía, sin contar con la insignificante

valla de madera que puede saltar sin esfuerzo hasta mi propia hija de tres años de edad. Parece que paso desapercibida entre tanto voy recogiendo a oscuras las guirnaldas, globos y juguetes varios que han dejado tirados dentro del castillo hinchable.

Cuando me doy la vuelta para volver cargada con todos los cacharos de Agnes, veo que, por una de las ventanas de la parte superior de la casa, con las luces de la estancia encendidas, hay un hombre desnudándose de cintura para arriba. En ese mismo instante emerge del suelo la cabeza rubia de una mujer, su cuerpo se roza con el de él. Ella ya está desnuda, sus enormes tetas operadas deben de ser visibles desde el centro de la ciudad. Sus manos van hacia el pantalón del hombre que, relajado y sonriente, se deja hacer.

—¡Shhh! Preciosa, ¿quieres subir conmigo? —ofrece una voz desde el otro lado de la valla.

Desvío la mirada, consciente de que me he quedado embozada observando la tórrida escena, y me fijo en el hombre que me ha hablado, es el que está al cargo de la barbacoa, con unas pinzas enormes para la carne. No puedo ver nada más de él que la barba larga y espesa que tiene y que es muy alto.

—Vamos, no seas vergonzosa.

—Gilipollas —susurro.

Sigo caminando hasta entrar en casa de nuevo, cerrar la puerta con los dos pestillos y, después, dedicarme a colocar las cosas de mi hija en su sitio.

Decido sacar la basura por la mañana cuando me vaya a trabajar. No quiero ver cómo esas motos ocupan parte de mi pequeña propiedad.

La noche ha sido de lo más movidita, menuda fiesta han liado. Por no hablar del escándalo que han hecho las motos sobre las tres de la madrugada cuando por fin se han ido. Apenas he po-

dido descansar y tengo que pasarme doce horas de pie, atendiendo a todo tipo de personas y aguantando al imbécil de mi jefe que, seguramente, estará de un humor de perros.

Aunque para Agnes no ha sido diferente de ninguna otra noche, ha dormido como un angelito desde que se acostó. Hasta hace unos meses dormíamos en la misma cama pero fue ella la que, una tarde, me dijo que quería dormir en su camita. Tiene su habitación preparada desde poco después de mudarnos aquí, pero a mí nunca me ha importado dormir con ella.

Las dos veces que me he acostado con un hombre nunca han sido en mi cama, siempre nos hemos apañado en el sofá. Aunque de eso hace ya más de un año.

La primera vez que tuve sexo después de la violación fue hace un año y medio, necesité más de dos años para volver a confiar en un hombre de esa manera y, aun así, no pude dejar que él llevara las riendas de la relación, tuve que sentarme yo encima y, una vez hubimos acabado, lo hice marcharse casi antes de subirse los pantalones.

Por eso, desde entonces, tengo un pequeño vibrador con forma de huevo que me ayuda a descargar la tensión acumulada. Y cuando tengo a Agnes vigilada y se da la ocasión, aprovecho, como ayer, el momento de la ducha para relajarme.

Antes de aquella mañana tenía sexo de forma regular. Sobre todo con alguien que creía especial. Alguien que me dejó al saber lo que me habían hecho. Básicamente dijo que no podría volver a follarme sabiendo que me habían violado. No le importó nada más, solo salió huyendo de allí.

Así que, en lugar de hundirme de nuevo y olvidarme del sexo de por vida, decidí que los orgasmos me los proporcionaría yo misma, no necesitaba a ningún hombre para ello; y ya era madre, no tenía intención de serlo de nuevo. Aunque no negaré que hacerlo con alguien especial es mejor que hacerlo con una misma, yo también soy muy especial para mí.

Como cada mañana, bajo hacia la cocina vestida con el uniforme. Pongo agua en la cafetera y le cambio el filtro. Podría tomarme el café en la cafetería, pero allí nos lo hacen pagar. El muy huraño no nos deja beber nada si no lo pagamos primero. Así que me llevo mi fiambreira con la comida para todo el día y mi botella de agua, por lo menos nos deja meterlo en la nevera y calentar la comida en el microondas; aún querrá que le demos las gracias.

Miro encima de la repisa los sobres de correos que llevan acumulados una semana sin querer abrirlos. Son todo facturas, algunas recordando que el plazo de pago se aproxima, y yo esperando a que llegue el día de cobro para poder pagarlas.

Ya con la taza de café en la mano, me acerco a la ventana y me quedo pensando en las musarañas entretanto observo la casa vecina. Espero que la fiesta de anoche fuese la de bienvenida y no se repita lo mismo cada noche. Hoy voy a necesitar dos tazas de café bien cargadas para poder despertarme en condiciones.

Ahí sigue la moto. Lo cierto es que es bonita y, si no fuera tan escandalosa, sería mejor. Esas motos valen una pasta, quizá se haya gastado todo su dinero en ella y por eso ahora tenga que vivir en este barrio y en esa casa. Está que se cae a pedazos. No la he visto nunca por dentro pero, viéndola por fuera, no invita a querer entrar.

Un golpeteo rítmico en la puerta me devuelve a la realidad. Llevo más de diez minutos aquí de pie como una pava mirando la casa del nuevo vecino. Tendré que hablar con él para que arregle la valla que separa nuestros patios y así evitar que su perro vuelva a aparecer en el mío. Me da miedo pensar que Agnes pueda estar en el jardín jugando y ese animal vuelva a aparecer por aquí.

La pobre Olvido se llevará un disgusto enorme cuando le diga que la tarta se cayó al suelo por culpa de ese perro y que no pudimos ni probarla.

—Buenos días, Madison —saluda Debby con cara de haber dormido poco.

—Buenos días, Debby. Ya he dejado la comida en la nevera. Recuerda no dejarla sin refrigerar si sobra algo, con este calor no dura nada. Volveré sobre las diez, o eso espero.

De vez en cuando me toca el turno hasta el cierre, que suele ser sobre las doce de la noche, pero hoy empezaré dos horas antes, justo para no salir tan tarde. Los domingos no hay transporte público a esa hora, y la idea de cruzar sola el polígono no me hace especial ilusión.

—No la dejes dormir mucho más de una hora.

—Está bien, Madi. ¿Podremos bañarnos en la piscina? —Me mira emocionada, deseando que le diga que sí.

La piscina. Se la regalé ayer y con todo el susto del perro, al final, ni la monté.

—No está montada.

Me giro y voy hacia la entrada para coger mi bolso.

—No importa. Puedo ir hinchando el aro superior y poner la manguera para que vaya llenándose, seguro que a Agnes le hará ilusión y así nos refrescamos un poco.

Suena ilusionada, sé que debajo del top y la minifalda lleva el bikini y no ropa interior.

—Debby, primero quiero hablar con el nuevo vecino. Hasta que no esté segura de que ese perro no va a volver a saltar a nuestra casa, mejor no salgáis al patio.

—¿En todo el día?! Nos derretiremos aquí adentro —se queja con cara de hastío.

—¡Ah! Está bien. Intentaré hablar con él antes de ir a trabajar.

Me acerco otra vez a la habitación de mi mariposita para darle un beso en la frente y desearle buen día. Inspiro el olor de su piel y..., ¡Dios! no puede haber nada mejor que esto.

Bajo las escaleras con cuidado y me despido de Debby.

Ahora me toca hacer algo que no me entusiasma especialmente, que es ir a llamar a la puerta del vecino, un domingo a las ocho de la mañana.

Salgo de casa y el bochorno matutino ya empieza a hacer de las suyas, un hilo de sudor desciende por mi columna vertebral hacia el lugar donde se unen mis nalgas. Cruzo por delante de su moto, por lo menos, solo queda esta sobre la acera. Subo los escalones hasta quedar al amparo debajo de su porche y toco el botón del timbre.

No suena, me lo tendría que haber imaginado. No funciona. Con la de años que hace que no vive nadie en esta casa, no me extraña.

Me cuelgo bien el bolso en el hombro y me endezco antes de llamar, ahora dando unos golpes con la mano en la puerta. Y nada, no contesta nadie. Debby tendrá que esperar para ese baño en nuestra pequeña piscina hinchable.

Al girarme, rápida para marcharme antes de que se me escape el autobús, topo contra algo duro y caliente. Retrocedo un paso, quedando atrapada entre la puerta de su casa y su cuerpo. Es el nuevo vecino.

Pestañeo varias veces intentando recordar lo que tenía que decirle. Es el mismo hombre que ayer saltó la valla y detuvo al perro antes de que este se abalanzara sobre mí.

—¿Qué quieres? —espeta con esa voz ronca y profunda, manteniendo la mirada sin pestañear.

Da la impresión de que viene de hacer deporte, por lo menos, eso parece por la ropa que lleva puesta y por lo sudado que está. Y, para mi completa sorpresa, no noto ningún olor desagradable, y eso que está muy cerca de mí, demasiado cerca. Tanto como para fijarme en la barba que bordea sus labios y en el brazo lleno de tatuajes. Endezco los hombros y elevo la barbilla para poder mirarlo a los ojos.

—Eh..., venía a decirte que..., soy la vecina de aquí al lado. Tengo una hija que ayer se quedó sin tarta de cumpleaños porque tu perro casi me saltó encima. Si ahora vas a vivir aquí y vamos a compartir el espacio de atrás, estaría bien que te encargaras de

subir la valla que lo separa hasta una medida que tu perro no sea capaz de volver a saltar y meterse de nuevo en mi casa.

Me observa, impasible, no sé si es que no me ha entendido o qué problema tiene porque no reacciona.

—Si la valla separa ambos patios, quizá deberíamos repartirnos la faena.

¡¿Cómo?! ¡¿Tendrá morro?!

Juega con las llaves y al mirar hacia abajo, veo que el perro también viene con él. Está jadeando, sentado al lado de su dueño, con su enorme lengua colgando hacia un lado.

Parece que da un paso acercándose unos pocos centímetros más a mí. Tengo que echar la cabeza hacia atrás para poder mirarlo a los ojos, es mucho más alto que yo. Y sí, anoche vi bien, son de un extraño color caramelo.

—Haz lo que quieras. Ata a tu perro y que no vuelva a saltar a mi casa ni a poner en peligro a mi hija. Y, ahora, si me dejas pasar...

El muy capullo no se mueve del sitio, sabe que me está cerrando el paso. No podré moverme sin rozarme con él para salir de su porche. Solo me mira, clavando sus ojos color miel en mi cara.

Me giro y le doy todo lo fuerte que puedo con el hombro para que me deje pasar. Consigo salir del rincón entre la puerta y su cuerpo, siendo muy consciente de que mis pulsaciones se han disparado.

Él se vuelve para mirarme, ver cómo salto los escalones de su porche mientras corro hacia la parada de autobús.

Al final, llego al restaurante solo cinco minutos antes de que empiece mi turno, la discusión tonta con el nuevo vecino me ha hecho perder más tiempo del que creía y casi pierdo otro autobús.

El restaurante está en una carretera muy transitada así que siempre hay alguien con hambre o sed, dispuesto a pararse para

repostar de combustible su vehículo; los más habituales son camiones que hacen rutas internacionales o interestatales.

A simple vista, puede parecer un mal sitio para que una mujer trabaje, pero lo cierto es que, a excepción de alguna novedad, solemos conocer a todos los camioneros que hacen aquí sus paradas de forma semanal o quincenal. La gran mayoría son buena gente, aunque siempre te encuentras con alguno que quiere enseñarte el mundo desde su camión pese a que tú le digas que no te apetece moverte de tu barrio de mierda; y algún anormal que se cree el dueño de cualquier mujer que él crea que puede ligarse, como el pesado del viernes a última hora que no paró hasta que no le di un guantazo por tocarme el culo cuando le servía la hamburguesa. Su frase graciosa mientras me palpaba el culo fue: «esta sí que es buena carne para comérsela». Pues, como este, rara es la semana que no nos encontramos con dos o tres.

Son más peligrosos los chavales de los barrios colindantes que vienen aquí a comprar droga o para hacer sus trapicheos varios. El más descerebrado puede ir con un revolver en la cintura de los pantalones, y si a eso le sumas las grandes cantidades de alcohol que ingieren, las reyertas siempre están a la orden del día. Por lo general, solo dos bandas, que son aliadas entre sí, son las que se reúnen aquí, pero las rivales saben dónde encontrarlos y no sería la primera vez que se lían a tiros en el aparcamiento.

—Buenos días, Olvi —saludo a mi compañera—. Muchísimas gracias por lo de ayer.

—Buenos días, mi amor. ¿Cómo fue todo? ¿Le gustó la tarta a mi niña?

Entro en la barra después de haber dejado el bolso en la estantería de la trastienda y me coloco el delantal y la chapa identificativa.

Y, ahora, viene cuando le tengo que explicar lo que pasó ayer con la tarta.

—La celebración estuvo genial, mi niña estaba tan feliz, y le encantaron los platos de unicornios que trajiste. Me ha encargado que te dé un súper beso y un abrazo de unicornio.

—Tan tierna como siempre, mi princesa. —Casi podría ser su abuela, la quiere como si lo fuera.

Pensar en eso siempre me recuerda a mi madre, lo que ella disfrutaría de su nieta y viceversa.

—Y..., sobre la tarta —saludamos a dos clientes que acaban de entrar—, no te vas a creer lo que pasó. Tengo vecinos nuevos, su perro saltó la valla y vino corriendo hacia mí, me asusté tanto que se me cayó al suelo justo cuando estaba sacándola al patio para soplar las velas.

—¡Ay, esa valla! Siempre te dije que debías gastarte algo de dinero en madera o en una malla metálica y separar bien esos patios.

—Ya, ya lo sé, pero ¿cuándo es buen momento para gastarse dinero en eso? Además, hace casi tres años que vivo ahí y jamás había tenido vecinos.

—Habla con los dueños y pídeles que mantengan a su perro fuera de tu casa y de tu patio. Solo Dios sabe lo que podría pasar si ese animal pillara sola a Agnes jugando en el patio.

—Venga, dejaos de tanta charla y servir de una vez los cafés. —Rodrigo ha heredado el látigo de Alfred y sale a darle a las fieras.

—Buenos días para ti también, Rodrigo.

—Madison, me ha parecido que llegabas tarde, quizá debería avisar a Alfred para que lo tenga en cuenta a final de mes.

Salgo de la barra con la jarra del café en la mano, lista para rellenar las tazas de los clientes que acaban de entrar y que son los únicos que las tienen vacías, el resto de clientes ya están servidos o están decidiéndose por su plato, así que le contesto:

—En ese caso, dile también que se acuerde de pagarme todas las horas extras que me debe.

Olvido me regaña, no le gusta que sea tan contestona, pero es que a mí no me gusta pasarme aquí más cincuenta horas a la semana para después cobrar la miseria que cobro.

Alfred ladra mucho pero no muerde. Además, no hay personal dispuesto a trabajar aquí por lo poco que paga y haciendo las horas que tienes que hacer.

—Si alguna vez te cansas de ese gilipollas o del otro, el calvo que suele estar escondido detrás del cristal polarizado, yo podría darte trabajo.

—Muchas gracias, Miguel. Pero ¿qué diría tu mujer si se entera?

Miguel es uno de los clientes habituales, le gusta hacer ver que liga con nosotras pero después agacha las orejas cuando su mujer lo llama por teléfono. Hace la ruta internacional, llegando hasta Monterrey, México.

—Mejor que no se entere, muchacha. A ella no le bastaría con una explicación. Querría venganza.

Me guiña un ojo y empieza a comerse su plato de desayuno.

—¿Esta vez no te acompaña tu hijo Jorge? —Suele venir con él, debe de tener unos veinte años.

—No, *mija*, esta vez su mamá quiso que se quedara con ella para no sentirse sola. Hace un mes que partí de casa y aún tardaré una semana más en llegar. El barrio se está poniendo cada vez más peligroso. Y este Gobierno no hace nada por ayudarnos.

—En ese caso es mejor desayunar bien y descansar después, antes de continuar con el viaje

Le sonrío y me voy hacia otra mesa a tomar nota a los clientes. No sé cómo será el barrio de Miguel, pero sé cómo es el nuestro.

El restaurante abre a las seis de la mañana, Olvido es la que suele hacer ese horario y acaba después del turno de comidas. Y, para que ayer yo pudiera estar en el cumpleaños de mi niña, ella alargó su turno hasta media tarde, cambiando horas también con Lilly, mi otra compañera que vendrá cuando Olvido acabe su turno.

El coche patrulla de la zona acaba de llegar al aparcamiento, ya sabemos lo que quieren, siempre piden lo mismo, y por más obvio que parezca, siempre son: dos cafés para llevar, dos rosquillas glaseadas y dos *bagels*.

Hoy no viene Zack. Es de los únicos de los que puedo fiarme. Aquí toda la policía, o su gran mayoría, está controlada o por políticos igual de corruptos, o por traficantes; da igual el artículo traficado, el abanico es amplio: drogas, armas, mujeres.

—Los agentes ya están aquí, Olvi, ¿puedes ir preparando su pedido para que puedan seguir con su ruta y protegernos a todos? —No le pasa desapercibido mi tono irónico.

Dos tipos sentados en la última mesa, la que queda más cercana a los aseos, levantan su mirada de los teléfonos móviles para echar un vistazo por los ventanales del local. Seguramente estén esperando a alguien para hacer el intercambio de mercancía en la parte trasera del restaurante.

—Oído cocina.

—Buenos días, señoras. ¿Querrán algo más aparte del café? —pregunto a la pareja de ancianas que suele desayunar aquí cada día.

—Oh, sí, hoy me apetecen unos huevos revueltos y un *muffin* de chocolate —dice una de ellas para asombro mío y de su acompañante.

—¿En serio vas a tomarte todo eso? —pregunta asombrada su amiga, la que sigue poniéndose los rulos antes de meterse en la cama. No sería la primera vez que viene sin darse cuenta con la redecilla puesta en la cabeza.

—Oh, querida, de algo tengo que morirme. Si me da un colapso y me tienen que ingresar, la muy amargada de mi nuera tendrá que venir a limpiarme el culo. Quiero ver la cara que pone cuando eso pase.

Casi prefiero no tener que escuchar ciertas conversaciones pero, en mi trabajo, es inevitable. Si el cliente sigue hablando cuando yo estoy sirviendo no es mi culpa.

—Esa mala bruja..., siempre dije que no le daría buena vida a tu hijo. Pero, por lo menos la tuya vendrá y te limpiará aunque sea aguantándose las náuseas, la mía ni siquiera aparecería por allí. Yo tampoco quise cuidar nunca de mi suegra. Si no lo hice con mi madre, que me parió, no iba a hacerlo con ese demonio de mujer. A mí, puedes traerme una tortilla con perejil, por favor.

—En seguida, señora.

Las dejo con su discusión sobre nueras, culos y demás fluidos corporales para atender a unos hombres que acaban de entrar.

—Buenos días, Olvido, Madison —saluda el agente que ha entrado a por el desayuno. Al escuchar su voz me doy cuenta de que es el agente Dan. Uno de los más bordes y prepotentes del cuerpo que patrulla por nuestra zona.

Le saludo con un movimiento de cabeza entretanto me acerco a la mesa número siete.

—Buenos días, un poco de café. ¿Van a tomar algo más?

Anoto su pedido y me voy hacia la cocina para pasarle las notas al cocinero.

Y así, entre pedidos y clientes, discurre la mañana tranquila. Entre semana, suele haber más movimiento, pero los domingos por la mañana es el momento más tranquilo. La gente no viene con tantas prisas ni hay tantos trabajadores del polígono industrial que queda al lado.

Sin darme apenas cuenta, ya estamos recogiendo las mesas después del servicio de comidas; Alfred se ha marchado y nos hemos quedado solos Olvido, los cocineros y yo. Y, ahora, acaba de llegar Lilly.

La saludo y, con la excusa de salir a tirar la basura, meto dentro de bolsas de papel comida que se ha preparado y que nadie se va a comer: hamburguesas, patatas y piezas de fruta que, aunque ya están maduras, se pueden comer. Según la normativa de Alfred todo esto debería tirarse, pero yo no puedo deshacerme de todos esos kilos de comida mientras haya gente pasando hambre.

Así que, una vez fuera, detrás de los contenedores, me encuentro con un par de hombres y una mujer que suelen vagar por la zona.

—Muchas gracias, Madison. Que Dios te pague todo esto que haces por nosotros.

Le resto importancia al hecho. Me entristece, no puedo ayudarlos tanto como me gustaría. La mayoría son inmigrantes que cruzaron la frontera o que llegaron hace mucho tiempo al país, con la promesa de un trabajo mejor, trabajo que nunca llegó o que, después de la terrible crisis que azotó al mundo entero — en particular a las personas más necesitadas — perdieron lo poco que habían conseguido.

—Ya sabéis que no siempre puedo hacerlo. Solo esperad aquí si me veis dentro trabajando. Si alguna vez os viera mi jefe sabría que he seguido haciendo algo que me prohibió claramente.

—Muchas gracias, muchacha —habla ahora uno de los hombres, apenas tiene dientes—, nosotros no le diremos nunca nada.

Se lleva un trozo de pan a la boca y empieza a humedecerlo para poder comérselo.